

PAPA FRANCISCO

Diez fecundos años

Acaban de cumplirse diez años de la elección de Jorge Mario Bergoglio para el ministerio de obispo de Roma y, por ello, papa de la Iglesia católica. Cuando aquel anochecer del 13 de marzo vimos al ya papa Francisco y escuchamos sus primeras palabras desde la plaza de San Pedro, pudimos intuir que se abría un nuevo tiempo para la Iglesia.



AUNQUE su nombre ya apareció con fuerza en 2005, en el cónclave que se decidió por Benedicto XVI como sucesor de Juan Pablo II, la apuesta por un candidato latinoamericano y jesuita fue una sorpresa. La imagen pública del catolicismo, y muy particularmente de la curia romana, era más que penosa. Por otra parte, el talante, la mentalidad y las decisiones de muchos de los obispos designados por los dos papas anteriores no solo no habían abierto caminos de futuro, sino que los cerraban o evitaban. El largo ciclo de letargo en la recepción conciliar iniciado por Juan Pablo II, y el entonces cardenal Ratzinger, nos estaba conduciendo a una Iglesia endogámica y socialmente irrelevante.

El papa Francisco se ha mantenido en una defensa constante de los pobres, de los sobrantes, de los que viven en las periferias, de los refugiados y migrantes, de las víctimas.

Tuvo que ser la insólita renuncia de Benedicto XVI, un mes antes del cónclave, la que puso de manifiesto, incluso para los más reacios a aceptarlo, la urgente necesidad de afrontar entre otros problemas la corrupción anidada en las instituciones vaticanas, los abusos pederastas del clero y la táctica de ocultación con que solían tratarse, así como la influencia excesiva que algunas asociaciones y movimientos mantenían respecto al papa y muchos obispos... Eran tareas para las que el papa

teólogo reconoció no sentirse capacitado. Quizá fue todo eso lo que llevó a la mayoría de los participantes en el cónclave a pensar y sentir aquello de que «a grandes males, grandes remedios». Probablemen-

te otros se resignaron considerando que, teniendo en cuenta la edad y la salud de Francisco, sería un *papa de transición*. ¡Lo mismo que dijeron de Juan XXIII!

La elección de su nombre la ha explicado el propio Francisco: un susurro del cardenal Hummes, «no te olvides de los pobres». No parecía necesario pedirle «acuérdate de los pobres», dado que los había tenido siempre en el centro de su espiritualidad y de su ministerio. Sonaba más bien como una vacuna preventiva. Bajo el nombre del *poverello* de Asís, el papa Francisco se ha mantenido en una defensa constante de los pobres, de los sobrantes, de los que viven en las periferias, de los refugiados y migrantes, de las víctimas... Somos testigos de sus viajes, iniciativas y convocatorias en el ámbito de la caridad y la justicia. Su magisterio social no es ni de menor nivel ni un adjunto de los textos de tipo dogmático, sacramental, comunitario o misionero. Francisco insiste en que la dimensión social del evangelio, de la vida y la misión de cada bautizado y de la comunidad eclesial, es esencial y de ningún modo secundaria o facultativa. Por otra parte, los gestos de cercanía y solidaridad del Papa con los necesitados han venido acompañados de una clara denuncia de las dinámicas económicas y culturales que justifican y sostienen una desigualdad social creciente. Una denuncia que le ha supuesto un amplio reconocimiento de su liderazgo social, a la vez que la oposición de otros. No querría olvidar dos compromisos del Papa que también tienen una clara referencia en el santo de Asís: la promoción de la paz que nace de la justicia y la fraternidad ecuménica.

La reforma integral y profunda de la curia romana, de sus estructuras y procedimientos, de sus inercias y rivalidades, de su correcta ubicación en el equilibrio entre la sede apostólica y las iglesias locales, ha sido otra prioridad de Francisco en esta década. En realidad, ha sido una tarea que ya en las reuniones previas al cónclave se había definido como inaplazable para el siguiente papa. Un mes después de ser elegido, Francisco constituyó un grupo de cardenales para «aconsejarle en el gobierno de la Iglesia universal... y para la reforma de la curia romana». Este consejo de ocho cardenales, de todos los continentes, fue también una sorpresa porque expresaba una nueva forma más horizontal de ejercer su ministerio. Han sido necesarios nueve años de consultas y estudios teológicos y canónicos para concluir una constitución que actualice el servicio de la curia a la relación entre las iglesias locales y la sede apostólica. Un paso adelante para acabar con el centralismo romano y la corte papal. Varios frutos de la reforma, que también se encontró con algunas resistencias, ya han empezado a verse, entre otros, en la política de transparencia finan-

La reforma de la curia romana ha sido un paso adelante para acabar con el centralismo romano y la corte papal.



ciera, en la clave evangelizadora del nuevo organigrama, en la incorporación de laicos y religiosos, varones y mujeres, en cargos de alto nivel.

Una tercera prioridad que ha traído el Papa se refiere a su impulso y decidida reorientación de la misión de la Iglesia: la evangelización. Citando sus propias palabras en su exhortación *Evangelii gaudium*: «quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría».

Como ejemplo recordaré algunas sorpresas que Francisco nos regala en este documento que él mismo califica como su hoja de ruta: el peligro de la autorreferencialidad (2 y 8); una Iglesia en salida (20); sin demoras, sin asco, sin miedo (23); el *primere* como proceder de Dios y también nuestro (24); el valor actual de la parroquia (29); y, sobre todo, «el abandono del cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”» (33).

No he dicho nada sobre las «sombras» de esta década franciscana. Quería, sobre todo, destacar algunos de sus aciertos. Concluyo recogiendo algo que valoro mucho: tres imágenes que el Papa nos sugiere para nuestro contexto europeo: una Iglesia como «hospital de campaña», unos discípulos como «personas-cántaro» y la prioridad de unas «comunidades vivas». Quizá para otra reflexión.

JAVIER OÑATE |